

## PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 30 DE ABRIL DE 1882.

NÚM. 16.

### SUMARIO.

1 y 2. Traje de raso y brocatel.—3. Encaje inglés.—4. Encaje al crochet.—5. Cenefa bordada.—6. Bordado ruso.—7. Tira bordada sobre tul.—8 y 9. Dos mangas de vestido.—10 y 11. Dos cuadros de guipur sobre red.—12. Corpiño-casaquin.—13 y 14. Matinée de lanilla.—15 y 16. Matinée de franela color de rosa.—17 y 18. Traje de raso maravilloso.—19 á 39. Vestidos y abrigos para niñas y niños pequeños.—40 á 46. Trajes para niños de varias edades.

Explicación de los grabados.—La Vida Real: Apuntes para un libro (continuación), por doña María del Pilar Sinués.—Dos Angeles, historia vulgar (continuación), por D. Eusebio A. Escobar.—El alma de la mujer: Recuerdo á la excelentísima Sra. D.<sup>a</sup> M. F. B. de C., poesía, por D. José Jackson Veyan.—Sin vista (artículo con sus puntas y ribetes de filosófico), por D. E. de Lusonó.—Revista de modas, por V. de Castellido.—Explicación del patron del traje bordado.—Explicación del figurin iluminado.—Pequeña gaceta parisiense.—Sueltos.—Soluciones.—Anuncio.

#### Traje de raso y brocatel.—Núms. 1 y 2.

**Delantero.** Falda de raso con plegados abanicos claros, que caen sobre una cenefa de tableaditos. Sobre la falda van dispuestas dos bandas de raso con flecos; la de debajo, de color claro, y la otra, igual al vestido. La parte de arriba de la falda es de brocatel. Corpiño con aldeta y en punta, guarnecido de un fleco y abierto sobre un chaleco claro fruncido. La parte superior de este peto ó chaleco va escotada en cuadro. Mangas semi-largas, con carteras de raso claro.

**Espalda.** La falda, que es de cola, va orlada de una guarnicion ancha formando conchas. Toda la cola va compuesta de raso de dos colores. Un lazo grande de raso de dos colores va puesto en lo alto de la falda, por detras.

#### Encaje inglés.—Núm. 3.

Para ejecutar este encaje, se pasan los contornos del dibujo á un hule, y se cosen los galoncillos siguiendo las indicaciones del dibujo, despues de lo cual se hacen con hilo fino las barretas, las ruedas y los puntos de encaje.

#### Encaje al crochet.—Núm. 4.

Este encaje se hace á lo largo. Se principia por hacer la parte que forma el borde inferior del encaje, y se hace luego la cabeza. El hilo un poco grueso conviene á este género de crochet. Se puede emplear tambien hilo crudo ó gris, sobre todo el primero, que tan de moda está ahora para adornos de trajes de niños. Como este encaje se hace á lo largo, será fácil seguir su marcha en nuestro dibujo.

#### Cenefa bordada.—Núm. 5.

Esta cenefa, que es á propósito para ropa de mesa, se ejecuta con algodones de color al punto ruso, punto de cordoncillo y feston.

#### Bordado ruso.—Núm. 6.

Puede servir para adorno de vestido. Se le ejecuta generalmente sobre la tela misma del vestido, empleando seda del mismo color, ó sobre cañamazo fino color crema, con algodón blanco de bordar. La labor de las hojitas se hace, como en la guipur artística, sobre hilos tendidos. Terminados los bordados, se recorta la tela en los



1 y 2.—Traje de raso y brocatel. Delantero y espalda.



## PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

parajes indicados en blanco sobre nuestro dibujo.

Tira bordada sobre tul.—Núm. 7.

Para fichús, picos de corbata, etc. Bordado hecho al punto de zurcido, con hilo ó seda blanca sobre tul blanco, ó con seda negra sobre tul negro. El borde inferior de la tira va festoneado. Por fuera del feston se recorta el tul.

Dos mangas de vestido. Núms. 8 y 9.

Núm. 8. El borde inferior de esta manga va adornado con un puño de encaje, cubierto en parte con una tira bordada, hecha de la misma tela del vestido. La manga va fruncida, como indica el dibujo, y guarnecida con un lazo hecho de cinta de raso.

Núm. 9. El borde superior de la manga se compone de un bullon grueso. En el borde inferior se forman dos bullones más pequeños. La manga va ademas adornada, en su borde inferior, con un paño redondo cubierto de tela plegada, y terminada en un lazo de cinta y una hebilla de metal.

Dos cuadros de guipur sobre red. Núms. 10 y 11.

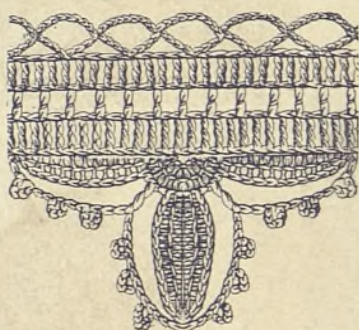
El fondo de los cuadros, hechos de malla recta, va bordado despues, como indica el dibujo, al punto de lienzo, punto de zurcido, punto de espíritu y punto de feston. Se pueden emplear estos cuadros para cabeceras, si se ejecutan con hilo fino, ó bien para colchas de cama, si se emplea hilo grueso.

Corpiño-casaquin.—Núm. 12.

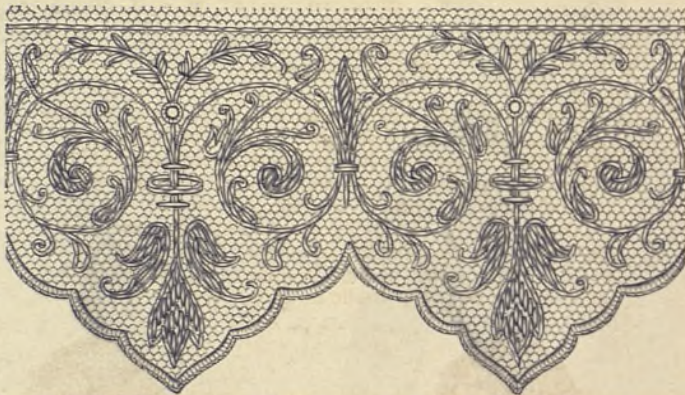
Es de terciopelo labrado negro, y va guarnecido de un encaje ancho, tambien negro.

Este corpiño, hecho para llevarlo con todas las faldas de color oscuro, es ajustado y tiene unas aldetas largas.

El encaje forma cuello vuelto y guarnicion sobre el pecho, dando vuelta al contorno de las



4.—Encaje al crochet.



7.—Tira bordada sobre tul.

aldetas. Las mangas, largas, van muy adornadas de encaje en su borde inferior.

Matinée de lanilla.—Núms. 13 y 14.

Se hace de lanilla ligera color crema, rosa, azul ó lila. Por delante va un poco suelta, y el cinturón hace que forme algunos pliegues. El bajo es un volante plano, cubierto de tres hileras de encaje fruncido. El



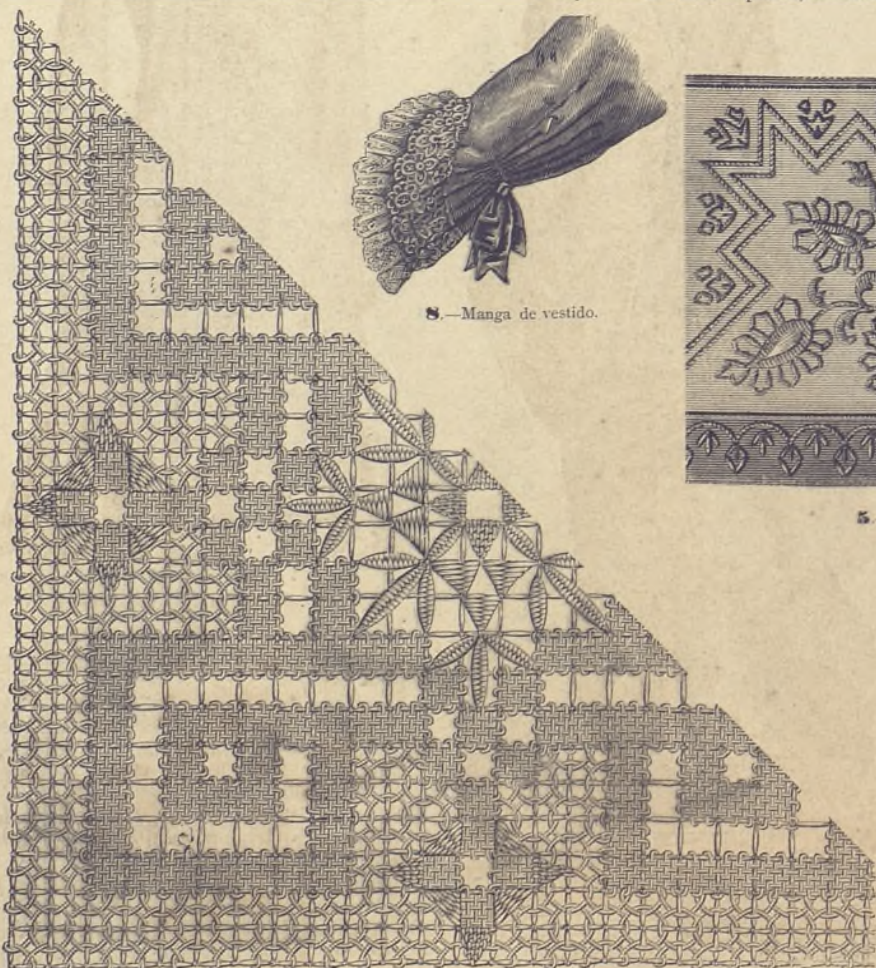
5.—Cenefa bordada.



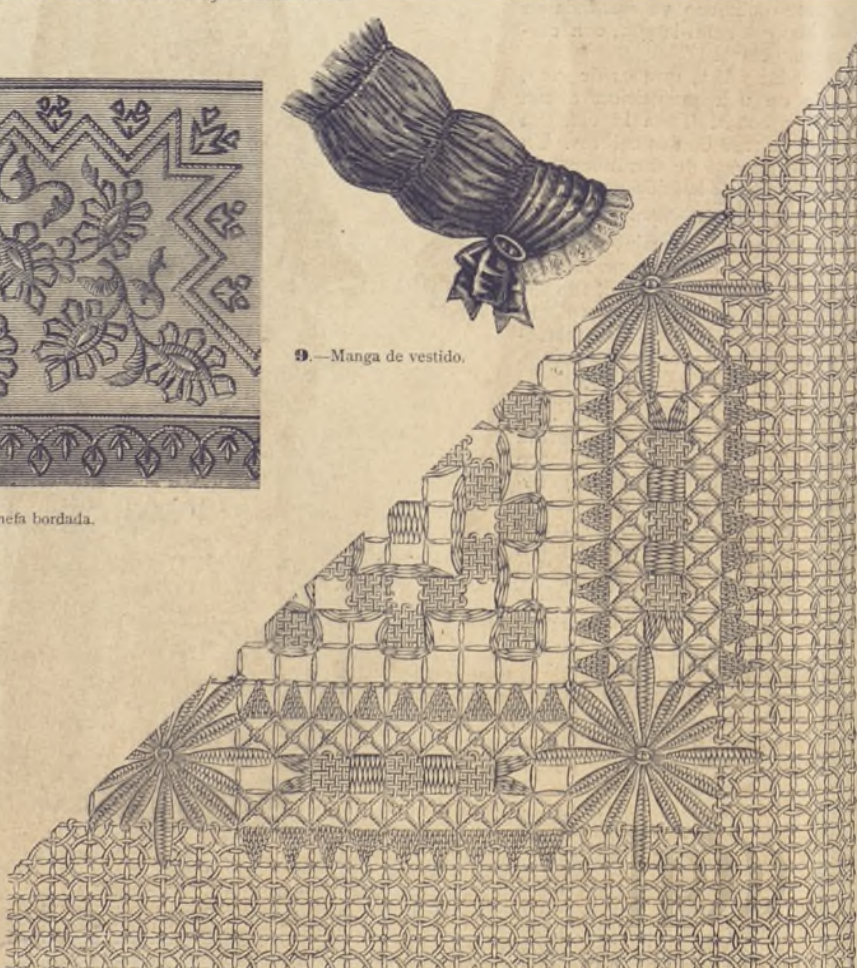
8.—Manga de vestido.



9.—Manga de vestido.



10.—Mitad de un cuadro de guipur sobre red.



11.—Mitad de un cuadro de guipur sobre red.



3.—Encaje inglés.

delantero, las mangas y cuello van guarnecidos de encaje. La espalda va fruncida en la cintura y formada por detras, con un lazo en el borde inferior.

Matinée de franela color de rosa. Núms. 15 y 16.

Va guarnecida de encaje blanco. Por delante es semi-ajustada y termina en un volante ancho, con pliegues huecos, ribeteado de encaje. Se la abrocha con una hilera de botones, y va rodeada de encaje. El cuello y las mangas van guarnecidos del mismo modo. La espalda es igualmente semi-ajustada. Una hilera de bolsillos guarnecidos de encaje adornan los costados.

Traje de raso maravilloso. Núms. 17 y 18.

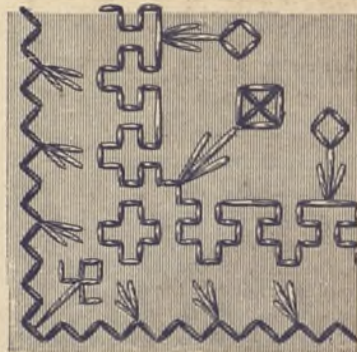
Es de raso maravilloso negro. Delantero: falda con delantero bullonado; en el borde inferior, dos volantes plegados. Costados planos, rodeados de un volante. Paniers fruncidos en la cintura. Corpiño princesa formando la falda lisa de encaje. Va fruncido en la cintura y en el cuello. Mangas largas, terminadas en un volante fruncido.

Espalda: falda un poco larga, ribeteada de un volante y tres volantes, sobre cuya falda cae el vestido princesa un poco recogido por el alto. Los paniers forman por detras una especie de lazo con anchas caídas.

Este traje, muy sencillo, puede hacerse tambien de lana lisa ó de lana labrada.

Vestidos y abrigos para niñas y niños pequeños. Núms. 19 á 39.

Núm. 19. Blusa inglesa para niños de 2 á 4 años. De paño amazona, o chemis ó lana, con pliegues triple pespunteados hasta la cintura. El resto de los pliegues flotantes forma la falda. Cinturón redondo. Guipur en el cuello y en las mangas.



6.—Bordado ruso.

Núms. 20 y 21. Traje de terciopelo para niñas de 7 á 10 años.

años. Chaqué de terciopelo; falda y camiseta rusa flotante, de *surah* siciliana, fruncida en el talle. Bolsillos grandes y redondeados. Guipur en el cuello y en las mangas. El chaqué puede hacerse asimismo de pañete, con la falda y la camiseta de siciliana ó de raso. Sombrero grande de paja de Manila, adornado con una pluma larga.

Núms. 22 y 23. *Traje marino para niños de 4 á 5 años.* Este traje se hace de lanilla blanca, azul ó encarnada. Cuello grande y falda, con cinco hileras de trencilla. Peto con barretas del color de la trencilla.

Núms. 24 y 25. *Abrigo con esclavina para niños de 4 á 6 años.* Forma tablas anchas en la espalda y el delantero. Una sola hilera de botones. El cinturón fija la esclavina para impedir que se levante. Cuello redondo. Este abrigo se hace con preferencia de paño liso.

Núms. 26 y 27. *Vestido de dril para niñas de 10 á 12 años.* Blusa fruncida, sujeta al talle con un cinturón de gro. Cuello grande fruncido, guarnecido de bordado, así como las man-



12.—Corpiño-casaquin.

Núms. 32. *Vestido para niñas de 9 á 10 años.* Se le hace de céfiro Oxford ó lienzo. Corpiño con tableaditos respunteados por delante y por detrás. Cinturón ancho y plano, guarnecido de bordado blanco. Dos volantes tableados, con un bordado estrecho.

Núms. 33 y 34. *Abrigo para niñas de 12 á 14 años.* Es de lanilla inglesa. Mangas japonesas, forradas de seda listada, con carteras anchas respunteadas. Esclavinita de la misma tela, con cuello de terciopelo.

Núms. 35 y 36. *Abrigo de viaje y de paseo.* Va plegado en la espalda á toda su altura. Esclavina respunteada y fijada en la espalda, á cada lado de los pliegues, y abierta por delante. Cuello redondo. El delantero va plegado como la espalda. Los pliegues van respunteados hasta la cintura, y quedan flotantes, formando falda por delante y por detrás. Lazo de cinta. Este abrigo se hace lo mismo de pañete liso que de lanilla inglesa, y no se forra más que hasta la cintura.

Núm. 37. *Abrigo Galway para niñas de 9 á 12 años.* Este abrigo se pone fácilmente sobre todas las prendas, para preservarlas de la lluvia y del polvo. Se le hace sin mangas y se le pone como un *mac-furlane*. Lleva una esclavina larga, fijada en medio de la espalda con dos escarapelas de la misma tela.

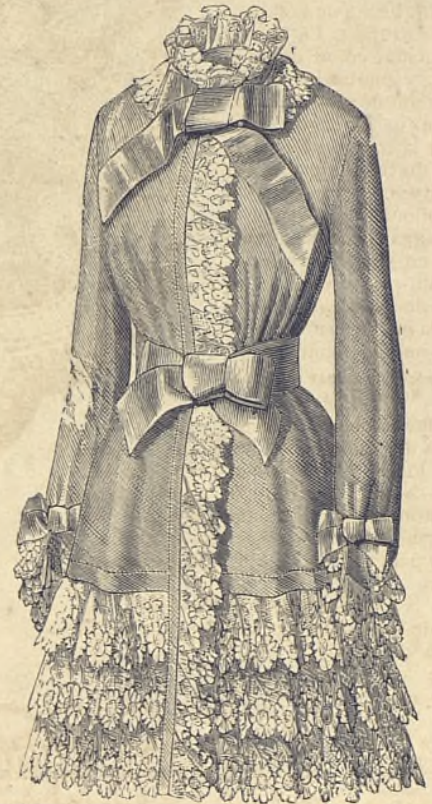
Núms. 38 y 39. *Levita larga para niñas de 12 á 14 años,* con cuello, bolsillos y carteras de terciopelo. Lazo por detrás.

Trajes para niños de varias edades.—Núms. 40 á 46.

Núm. 40. *Traje para niños de 14 años.* Chaqueta, chaleco abierto, pantalon largo y sombrero de copa alta. Para este



13.—Matinée de lanilla, Espalda.



14.—Matinée de lanilla, Delantero.



15.—Matinée de franela color de rosa, Espalda.



17 y 18.—Traje de raso maravilloso, Delantero y espalda.



16.—Matinée de franela color de rosa, Delantero.

gas, el borde inferior de la blusa y la banda, que va también fruncida por delante y en los costados.

Núms. 28 y 29. *Traje para señoritas de 15 años.* Chaqué de paño liso, de color franco, con chaleco añadido; trencillas de lana en los delanteros del chaleco, en las carteras y en el cuello. La falda, que lleva unos volantes anchos y plegados, va adornada por delante con una banda, que va recogida por detrás.

Núms. 30 y 31. *Traje para jovencitas de 13 años.* La blusa forma chaqué ajustado, con pliegues añadidos por delante y por detrás. Cinturón de la misma tela. Banda muy corta, recogida á la inglesa. La falda, plegada, va montada sobre un fondo de falda de seda. Se emplean para este traje telas mezcladas.

traje se emplea paño muy fino, negro ó azul muy oscuro.

Núm. 41. *Traje para niños de 8 años.* Es de diagonal de lana color aceituna. Chaqueta larga con una sola hilera de botones y sin cuello por detrás. Pantalon sujeto por debajo de las rodillas.

Núm. 42. *Blusa para niños de 6 á 7 años.* Esta forma es muy á propósito para los niños delgados.

Los pliegues de la blusa van añadidos. El cinturón se quita á voluntad. Algunas veces se pone un cinturón de piel. Pantalon llamado *knickerboker*.

Núm. 43. *Traje para niños de 8 á 10 años.* Chaqué con tres botones, muy ajustado por



19.—Blusa inglesa para niños de 2 á 5 años. 22.—Traje marino para niños de 4 á 5 años. Espalda. 21.—Traje de siciliana y terciopelo para niñas de 7 á 9 años. Espalda. 24.—Abrigo con esclavina para niños de 4 á 6 años. Espalda. 25.—Abrigo con esclavina para niños de 4 á 6 años. Delantero. 20.—Traje de siciliana y terciopelo para niñas de 7 á 9 años. Delantero. 23.—Traje marino para niños de 4 á 5 años. Delantero.



26.—Vestido de dril para niñas de 10 á 12 años. Espalda. 27.—Vestido de dril para niñas de 10 á 12 años. Delantero. 30.—Traje para jovencitas de 13 años. Espalda. 32.—Vestido para niñas de 9 á 10 años. 28.—Traje para señoritas de 15 años. Delantero. 29.—Traje para señoritas de 15 años. Espalda. 31.—Traje para jovencitas de 13 años. Delantero.



33.—Abrigo para niñas de 12 á 14 años. Delantero. 37.—Abrigo Galway para niñas de 9 á 12 años. Espalda. 38.—Levita larga para niñas de 12 á 14 años. Delantero. 34.—Abrigo para niñas de 12 á 14 años. Espalda. 39.—Levita larga para niñas de 12 á 14 años. Espalda. 35.—Abrigo de viaje y de paseo. Espalda. 36.—Abrigo de viaje y de paseo. Delantero.



40.—Traje para niños de 14 años. 42.—Blusa para niños de 6 á 7 años. 43.—Traje para niños de 8 á 10 años. 44.—Traje para niños de 12 años. 46.—Pardesús para niños de 9 á 11 años. 41.—Traje para niños de 8 años. 45.—Pardesús para niños de 10 á 12 años.

detras. Chaleco abierto, y pantalon fijado en la rodilla con botones y ojales.

Núm. 44. *Traje para niños de 12 años.* Chaqué con un solo boton, abierto por delante, dejando ver el chaleco, que es muy alto. Cuello redondo y pantalon como el anterior traje.

Núm. 45. *Pardesús para niños de 10 á 12 años.* Es semi-ajustado por detras y va adornado de un simple respunte. Cuello redondo.

Núm. 46. *Pardesús para niños de 9 á 11 años.* Lleva una sola hilera de botones. Cuello de hombre; bolsillos ribeteados; bolsillito en el pecho.

## LA VIDA REAL.

### APUNTES PARA UN LIBRO.

#### VII.

Luisa Vargas á Lucia Montes.

Barcelona, Setiembre de 1881.

**N**E recibido tu carta, querida mia, y si no te he escrito ántes, es porque he estado cuidando á mi padre, que se hallaba enfermo de alguna gravedad, y que ya sabes gusta de que yo sola le atienda en sus frecuentes dolencias; la alegría y animacion de mi carácter le distraen, y dice que si estoy á su lado padece mucho ménos. ¡Pobre padre! ha trabajado tanto durante toda su vida por su esposa é hijas, que, al llegar á contar con fortuna, se ha encontrado sin salud: conforme iba formando su caudal, el exceso de sus tareas le abrumaba, y sólo á costa de su vida ha podido proporcionarnos un presente cómodo y un seguro porvenir.

Ya ves, Lucia, que, á pesar del inagotable contento de mi carácter, razono tambien: soy más positiva que tú, y pienso que si bien el alma necesita alimento, el cuerpo le necesita asimismo: es preciso descansar en un buen lecho, tener una mesa, aunque modesta, que baste á la satisfaccion de nuestro estómago, y una vivienda tranquila y en buenas condiciones de higiene y de reposo.

Tú no piensas así, ya lo sé; romántica y exaltada, para tí lo primero son los asuntos, las ilusiones del corazon; pero mira que éste puede engañarte, y creo que ahora mismo te está engañando ya.

¿Cómo has podido apasionarte de un hombre á quien no conoces? ¿Y si está casado? No es verosímil que á esa edad no lo esté, y corres el riesgo de un desengaño terrible, y más terrible por tu modo de ser impresionable y delicado.

Si yo estuviera en tu lugar, me informaria y preguntaria á esa señora en cuya casa le has visto; no se puede fiar de ninguna persona por la apariencia sólo, y ménos de un hombre: yo por mí sé decirte que tengo mala opinion del sexo fuerte en general, y de los hombres guapos en particular; todos son necios, presumidos, pagados de sí mismos; y así como papá dice que «no hay fea que no sea amable», así digo yo que no hay hombre bien parecido que no esté adornado de una inmensa cantidad de defectos.

Me he formado esta opinion y me he hecho tan prosaica como soy al ver la suerte de mis hermanas. Laura era, como tú, poética, sensible, dulce como la flor del jazmin; su novio, en tanto que lo fué, era parecido á ella, y yo creo que hasta la copiaba en todo; ocultaba las uñas lo mejor que podia; pero las aflaba en secreto para el día de su casamiento; así que fué el dueño de mi pobre hermana, empezó á mortificarla riéndose de sus *exageraciones*, así decia el primer año; pero luego decia de sus *majaderias*: la contrariaba en todo, la molestaba de todas las maneras posibles, y le daba malas contestaciones, hasta que la pobre, cansada de llorar y de consumirse, tuvo que tomar con filosofia las sinrazones de su marido, ó renunciar á él y separarse. Papá le aconsejó lo primero, demostrándole los grandes inconvenientes de lo segundo.

Si Laura ha sido desdichada, Adelina no ha sido más feliz; su marido es un *Juan de las Viñas*, tan bueno, tan bueno, que empalaga; todo el mundo se burla de él; teme el qué dirán de todos, y sólo de mi hermana no lo teme, deseando que ella le respete y le considere por todos los que no lo hacen: así, mi pobre hermana, que no estima su carácter, que le ve muy por bajo de ella, y que está sometida á su tiranía, ni le ama, ni le estima, y vive sólo amparada y acompañada con el amor de sus hijos.

He reparado que en el hombre la fuerza del carácter, la firmeza de la voluntad van siempre acompañadas de la ternura de los sentimientos: ¡carácter débil, mala alma! y en el hombre es regla fija.

Cuando mis dos hermanas se casaron, Mamá ya estaba en el cielo, y yo sólo tenía doce años. ¡Ah, si fuera hoy, no les hubiera yo dejado aceptar á sus bellos esposos! ¡Bien pronto les conocí; muy buenos mozos, gentiles figuras; muy corteses, muy amables con las gentes en general, y ahora, dentro de su casa, dándose aires de tiranos y mirando á sus esposas como inferiores á ellos! ¡Como muchos que yo conozco, son luz de la casa ajena y oscuridad de la propia!

¡Ah, Lucia! Aunque ese hombre, aunque ese Diego trate de casarse contigo, temo que pueda hacerte, que te haga muy desgraciada, y tengo como un presentimiento de que ya está unido á otra mujer: guarda tu corazon, y estimale en mucho, porque un corazon puro y bueno es un tesoro, y más si late en el seno de una mujer.

Las mujeres debemos estimarnos en muy alto precio, y aún así, nunca nos darán el amor y las atenciones que merecemos: á mi parecer, es lo mismo que un hombre sea más ó ménos rico, más ó ménos bien parecido, y hasta preferio á los hombres poco favorecidos por la naturaleza: lo primero, lo esencial es que tenga firmeza y dignidad de carácter, é inmenso amor en su corazon para la que ha de ser la compañera de su vida; lo primero es que tenga buenos sentimientos y rectitud de ideas.

A la verdad, es raro el que una niña de diez y siete años

te diga todas estas cosas á tí, que cuentas dos ó tres más que yo; pero ¿qué quieres? Yo tengo algo, bastante, de positivista, y además he visto al rededor mio muchas penas.

No sabes tú, mi amada Lucia, cuánto temo verte desgraciada, y cuánto ansío que no se altere la plácida tranquilidad de tu vida. Por hoy sé que la ventura dentro de las paredes de tu casa es imposible para tí; la fortuna ciega os ha retirado sus dones, y el trabajo es el solo elemento de tu vida y de la de tu madre; pero ¿quién sabe? Dios tiene mucho que dar, y no se olvida ni de los pajarillos.

Yo es probable que no me case jamas: ¿dónde se hallará un hombre tal como yo le comprendo y le deseo para esposo mio, y cómo amar, cuando sólo conozco modelos perfectos de egoismo, de debilidad moral ó de tiránicas exigencias?

Me rio de todas las declaraciones que recibo, y me contento con amar á mi padre y á mis hermanas, porque tenemos el deber de soportar todos los defectos de nuestra familia; pero no debemos exponernos á sufrir los de las personas extrañas, y debemos cuidar de no unir nuestro destino al de algun sér insoportable, que se haga nuestro dueño.—Luisa.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

## DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(CONTINUACION.)

**M**IRA, Eugenio, no me recites más esos versos, porque me crispan los nervios. Si no tienes otra cosa mejor que leerme, no me leas nada.

—Quieres que te lea la oda que he compuesto esta mañana?

—¡Hombre! ¿una oda?

—Sí, para el almacenero de la esquina.

—¡Santo Cristo! ¿has dedicado una oda al almacenero? ¿Te ha dado jamon?

—No; no se la he dedicado á él, sino que mañana tiene una fiesta en su casa y quiere leer unos versos.

—¿Y una oda nada ménos?

—Se ha empeñado en que sea en ese metro la composicion.

—Pues tiene segura la *silba*; y ¿cuánto te da?

—Dos duros.

—¡Qué suerte tienes!

—Aquí está; oye:

¡Oh genios emanados del Parnaso!  
Venid á acariciar la mente mia!

—Y di, ¿sabrás ese almacenero lo que es el Parnaso?

—Lo dudo mucho.

—Pues sigue.

..... á acariciar la mente mia.

—Ya he concluido—dice Enrique cerrando la carta.

—Sea enhorabuena.

..... á acariciar la mente mia.

—Oye, Luis: ¿quieres venir conmigo?

—No, chico; no me encuentro en disposicion.

..... la mente mia.

—¿Quieres callarte ya con la mente mia?

—Pero, hombre.....

—Deja esa rapsodia y vénte.

—¿Cómo rapsodia?

—Sí, hombre, sí; oye, acompáñame á echar esta carta al correo, y luego daremos un paseo por el Retiro, que está la tarde muy buena. Llévale la oda al almacenero, cobra los dos duros, y luego comeremos de fonda con ellos; ¿eh? ¿qué te parece?

—No está mal pensado.

—Pues anda; será la última vez que comeremos formalmente juntos.

—¿Y eso?

—Porque me voy á mi pueblo, para lo cual voy á vender mi último drama, aunque sea por diez duros.

—Pero ¿vas á ser capaz de abandonararnos, Enrique?

—Sí, queridos amigos; no puedo ya sufrir más tiempo esta vida; ahorro las musas y me hago labrador.

—¡Horror!

—¿Y es ésa tu irrevocable resolucion?

—Sí, irrevocable, por desgracia.

—Entonces..... vamos á gastarnos los dos duros, y mañana será otro día.

—¿Vienes, Luis?

—¡Hombre, pues no he de ir tratándose de comer!

—Pues andando.

Y los tres amigos, alegres en su infortunio, salieron tarareando y riéndose, como si no tuvieran que pensar en su aflictiva situacion, como si dejarán detras de ellos un palacio lleno de oro y el horizonte se les presentase color de rosa.

¡Oh ilustres bohemios de la literatura, yo os saludo y os admiro!

### CAPÍTULO III.

La familia de Vargas.

Era una tarde de invierno, de esas tardes en que ni una nube empaña el azul del firmamento y todo el mundo sale á disfrutar con delicia de los tibios rayos del sol. El frio no era intenso, y una inmensa multitud bajaba por la calle de Alcalá, camino de los Jardines de Recoletos y la Fuente Castellana.

Magníficas carretelas conduciendo las bellísimas damas de la aristocracia española; preciosos *landeaux* con soberbios troncos; tilburis guiados diestramente por jóvenes imberbes;

consumados jinetes haciendo gala de su seguridad y maestría, y por las anchas aceras, otra multitud, si no tan rica no por eso ménos llena de atractivos; respetables familias ostentando lindísimos vástagos; jóvenes encantadoras, que causaban la desazon de los pollos; comerciantes, banqueros, agentes de Bolsa, periodistas, y aquí y allá alguna que otra modista pizpireta y graciosa, que salía de su casa de costurera para entrar en la de más abajo, ó que marchaba ligera con un bulto bajo el brazo, saludando á éste, sonriendo á aquél, y dejando en todas partes el acento de su voz y las huellas de su gracia.

Todo aquello parecía un cuadro mágico, cuyas vistas iban sucediéndose cada vez más animadas y pintorescas como las de un encantador estereoscopio.

De pronto se vió á la multitud arremolinarse; unos corrian, otros gritaban, no sabiendo todavía la mayor parte qué era debido aquel tumulto, y corriendo porque veían correr á otros, como sucede siempre en las grandes aglomeraciones de gente.

Un magnífico *landeau*, al desembocar por la calle de Peligros, chocó con una berlina que entraba de la de Alcalá, el choque fué tan leve, que no produjo lesion en ninguno de los vehículos; pero los caballos del *landeau*, soberbio tronco de normandos, se encabritaron; castigóles el cochero, y el resultado de todo fué que salieran á escape desbocándose por completo á los pocos pasos, á pesar de los inauditos esfuerzos del cochero para contenerlos.

En el *landeau* iban dos señoras y un caballero, al parecer un matrimonio con su hija, que, espantados de la vertiginosa rapidez con que eran arrastrados, gritaban pidiendo auxilio; auxilio que nadie se atrevía á darles.

Esto pasó en ménos tiempo que se tarda en referirlo; ya el carruaje, que habia llegado al final de la calle de Alcalá, iba á estrellarse irremisiblemente contra la fuente de Cibeles, produciendo una catástrofe en la familia que lo ocupaba, cuando un jóven se separa velozmente de un grupo y lanzándose ante el paso de los caballos, se apoderó con mano firme de las riendas de uno de ellos y desgarró la boca del animal, deteniéndose ambos á los pocos momentos, no sin haber puesto en grave peligro la vida del jóven que con tanta temeridad se habia arrojado á sujetarlos.

Este jóven era Enrique. La familia del *landeau*, aunque libre ya de todo riesgo se hallaba en un estado de indescriptible pánico: la jóven se habia desmayado, y la señora no podia pronunciar una frase, á causa de la emocion que la embargaba. Unicamente el caballero habia conservado algo su presencia de espíritu, y se esforzaba en tranquilizar á aquélla y en reanimar á la jóven.

Enrique y sus amigos se apresuraron á prestarles los auxilios del momento, que no fueron eficaces; pero ya la asustada familia no quiso permanecer un momento más en el carruaje, y se apearon, dando orden al cochero de que se volviera solo con aquél.

—No sé cómo dar á V. las gracias por su heroica accion—dijo el caballero, estrechando afectuosamente la mano de Enrique;—pero tenga la seguridad de que mi gratitud será eterna.

—Señor, cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo—contestó modestamente Enrique.

—Sí; pero desde la calle de Peligros ninguno lo ha hecho más que V.: cuente, pues, conmigo en todo cuanto valga; tengo; soy D. Pedro de Vargas; vivo en la calle del Caballero de Gracia, núm....., como verá V. en esta tarjeta, y la puerta de mi casa estará siempre abierta para V., honrándome mucho, tanto á mi señora y á mi hija como á mí, si gustare frecuentarla.

Estas unieron sus frases de agradecimiento á las de D. Pedro, y Enrique estaba verdaderamente confuso con tantas ofertas y sin saber qué decir.

Los tres poetas acompañaron á la familia de Vargas hasta su casa, y durante el camino tuvo Enrique ocasion de enterarse de que la madre se llamaba D.<sup>a</sup> Justa, y la jóven Mercedes.

Esta era una niña de diez y siete años, delicada y bellísima flor, que acababa de abrir sus pétalos á las brisas de la juventud. Era su talle esbelto y flexible, su tez trigueña y sus ojos, negros y expresivos, sombreados por largas pestañas.

Enrique no se cansaba de mirarla, y tal vez la turbacion que de él se habia apoderado obedecia á haber chocado sus miradas con las de Mercedes.

Quería colocarse á su lado y no se atrevía.

Iba á dirigirle la palabra, y él, tan elocuente siempre no encontraba frases para concluir un pensamiento, y, por último, cuando al despedirse de ella estrechó su mano, sintió un estremecimiento en todo su sér, y se le hubiera visto ponerse pálido.

### CAPÍTULO IV.

Lucha del corazon.

Pasaron ocho dias.

Enrique vendió su drama; pero no salió de Madrid, á pesar de su resolucion.

En cambio, habia visitado á D. Pedro de Vargas más de una vez, y éste, consecuente con sus ofrecimientos, hizo que le contara su vida, sus ilusiones y sus pesares, y le dijo despues:

—La mano que le elevará á V. será la mia.

Mercedes y su madre le demostraban tambien un afecto grande, y á consecuencia de esto parecia que el horizonte que se presentaba á los ojos de Enrique habia cambiado, de oscuro y amenazador que era, en el del más hermoso color de rosa.

Pero ocurría una cosa difícil de explicar: cuando la desgracia, los desengaños y hasta la miseria se cernian sobre la frente de Enrique, era éste alegre, locuaz, animado con los mayores disgustos, y desde que tenia la fundada esperanza de conseguir alguno de sus dorados sueños, se le veía triste, reflexivo, suspiraba á menudo y hablaba poco.

En casa de Vargas habia adquirido una confianza ilimitada, y raro era el dia que no iba á ella: allí veía á Mercedes, y aquellas continuas entrevistas, unidas al agradecimiento

miento que la tierna doncella sentía hacia su libertador, hicieron que, poco á poco, se fuera arraigando otro sentimiento más vehemente que el de la gratitud en su corazón de diez y siete años, sediento de amor.

Enrique, como ya hemos dicho, amaba con toda su alma á Blanca, la novia que dejó en su pueblo, y este amor no se había desmentido un solo instante; pero las gracias encantadoras de Mercedes, su candor, la franca alegría con que era recibido por ella, las bellas tintas de grana que coloreaban sus mejillas cuando la hablaba, y otros mil detalles, insignificantes, si se quiere, para un indiferente, iban haciendo profunda mella en su corazón, sin él mismo darse cuenta de lo que le pasaba.

De aquí su tristeza y suspiros; de aquí la pérdida de su alegría y buen humor.

El creía que lo que sentía por Mercedes no era más que una amistad desinteresada; pero esta amistad le hacía olvidar con mucha frecuencia á Blanca, á la que siempre tenía ántes en su pensamiento.

¡Pobre Blanca!

Pero si Enrique no se daba cuenta de la variación de sus sentimientos, no sucedía lo mismo á la pobre niña. Desde la carta que recibió de Enrique, apasionada como ninguna, en la que le decía que muy pronto iba á volver á su lado para no separarse más de ella, le había estado esperando todos los días, dichosa y palpitante de emoción y de esperanza.

Y no sólo se habían visto defraudadas estas ilusiones, sino que pasaron ocho días sin recibir carta suya, y al cabo de este tiempo, un siglo para el afán de una mujer enamorada, recibió una en extremo lacónica, que llenó de hielo su corazón.

—¡Enrique ya no me ama!—fué lo primero que se le ocurrió decir sollozando.

Y sin embargo, éste quería convencerse á sí mismo de lo contrario, y lo conseguía al fin. ¿Quién sabe si sería verdad? De lo que no quería convencerse era de su amor por Mercedes.

¡Qué misterios encierra el corazón humano!

Con el apoyo de D. Pedro de Vargas fué admitida en el teatro del Circo una comedia de Enrique. Entre los ensayos, las visitas á su protector y su trabajo se deslizaba el tiempo, y apenas lo tenía para escribir una carta cada quince días á Blanca.

La comedia se puso en escena, y su éxito fué extraordinario: no se hablaba al otro día en los círculos literarios más que del desconocido autor de ella, y alcanzó la honra de que todos los periódicos se ocupasen de su obra, alabándola, y de que se representara más de veinte noches consecutivas.

Los editores que ántes le habían despreciado quisieron comprarle la propiedad al precio que él fijara: pidió dos mil duros por ella, y dos mil duros le llevaron al día siguiente, con la escritura concluida.

Todos los teatros abrieron la puerta á sus obras; los hombres de más nombradía en las letras le estrecharon la mano.

Pero, en medio de tanta felicidad, de su amor propio satisfecho, de su más hermoso sueño realizado, un remordimiento vino á amargarlo todo. Hacía más de un mes que no se acordaba de Blanca, y, por el contrario, el amor que sentía por Mercedes había adquirido tal ascendiente, que se transparentaba en todas sus palabras, en todas sus acciones.

Mercedes era feliz; había comprendido la correspondencia de Enrique á su sentimiento, y la hermosa niña deseaba con toda su alma escucharlo de su boca.

Si hubiera sabido que lo que tanto anhelaba iba á hacer desgraciado para siempre á otro ángel como ella, tal vez hubiera matado en su nacimiento aquel amor; pero no lo sabía: creía de buena fe que Enrique era completamente libre, pues éste no había tenido nunca la franca dignidad de confesar su situación respecto á Blanca; ni siquiera nombró á ésta en las muchas conversaciones que de su pueblo y su familia tuvo con la familia de Vargas.

¿Y culpáremos á Enrique de tal inconstancia?

En parte no: al corazón no puede dominarle una razón de veinticinco años; una ausencia demasiado larga hace poco á poco aminorar el sentimiento del amor, hasta no quedar más que como el recuerdo de un sueño grato en la mente: si en esta situación vuelve á verse el objeto que tan querido fué; si vuelve á pasarse á su lado algún tiempo, entonces el fuego mal apagado, que aún existe, toma incremento y llega, á su vez, á ser viva hoguera, que ya nunca se puede extinguir; pero cuando nada de esto sucede; cuando una sucesión de imprevistas circunstancias han interpuesto entre un amor que ha ido borrando la ausencia y su recuerdo, el nombre y la imagen de otra mujer tan pura, tan hermosa como la primera, á la que se ve todos los días, y en la que se observa, sin ella quererlo, un dulcísimo afecto, no es de extrañar que el corazón del hombre, inconstante por naturaleza, vacile, y gane al fin la batalla el amor de la que ve siempre, de la que estrecha su mano todos los días, de la que posa sus hermosísimos ojos en él con tantos encantos.

Esto había sucedido á Enrique, y esto pasa muy frecuentemente en la vida real.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

## EL ALMA DE LA MUJER.

RECUERDO Á LA EXCMA. SEÑORA DOÑA M. F. B. DE C.

Arte y hermosura un día  
Flotaron sobre este abismo,  
Y bajo el sol que nacía,  
La mujer y la armonía  
Brotaron á un tiempo mismo.

Una nota singular  
De tristeza ó de placer,  
De esperanza ó de pesar,  
Vino sin duda á formar  
El alma de la mujer.

Y esa nota peregrina  
En tí arrebatada y fascinada,  
Porque, al emitirla en calma,  
Vienes á dar forma al alma,  
Sin dejar de ser divina.

El acento que atesoras  
Encierra dulzuras tantas,  
Que no sé, y aún tú lo ignoras,  
Si cuando suspiras, cantas,  
O si cuando cantas, lloras.

Sólo acierto á comprender,  
Y repito sin querer,  
Cuando el dulce ritmo brota:  
¡Qué hermosa y pura es la nota  
O el alma de esta mujer!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## SIN VISTA.

(ARTÍCULO CON SUS PUNTAS Y RIBETES DE FILOSÓFICO.)

**P**OR primera vez en mi vida, y creo que no todos ustedes puedan decir lo mismo, he tropezado con un hombre satisfecho con su suerte.

Para completar mi sorpresa, aquel hombre era ciego.

Lección digna de tomarse en cuenta. Quiero transmitir á la posteridad el recuerdo de tan laudable y evangélica resignación, y voy á relatar el diálogo que sostuve con aquel extraordinario fenómeno filosófico.

Fué en un baile. Las muchachas saltaban, y los viejos se entretenían en jugar al *carté*, cuando yo me dirigí á uno de los saloncillos destinados á la tertulia y á las conversaciones íntimas.

La concurrencia era escasa; parece que las gentes de hoy no saben hablar y huyen de toda ocasión de manifestar su falta de ingenio. Un caballero respetable por su edad y aspecto estaba sentado en un sillón.

Tomé yo otro asiento, y saludando al desconocido con una ligera inclinación de cabeza, le dije:

—Usted me permitirá que venga á buscar en este retiro un sagrado contra el bullicio y el ruido del baile y de los jugadores.

—Con mucho gusto—respondió;—usted viene á honrarme....

—No puede negarse que el baile está suntuoso. ¡Qué lujo en el decorado! ¡Qué buen gusto! ¡Qué riqueza y cuánta elegancia en los trajes! Entre todas las señoras se distingue esa jóven rubia; es la verdadera reina de la fiesta. ¿Ha reparado V. en ella?

—Dispense V.—replicó el caballero;—no he podido verla, porque soy ciego.

Al oír estas palabras fijé mi mirada en los ojos de mi interlocutor, y vi que, aunque extraordinariamente abiertos, carecían de esa movilidad y esa expresión que caracterizan á los ojos que ven reflejarse en ellos las impresiones del espíritu.

Comprendiendo que había cometido una indiscreción, me apresuré á decir:

—Perdone V. .... ignoraba.... no había reparado....

—No importa, caballero; su pregunta no me ha producido mal efecto; soy ciego, efectivamente, pero no me afijo por esta falta. He formado mi plan, por decirlo así, hace mucho tiempo; y aún temeroso de que pueda parecer á usted vanidad, ó despecho, ó carencia de sentido común, le diré que me felicito con frecuencia por hallarme ciego.

Tal declaración me produjo la sorpresa consiguiente, y no supe qué decir.

El caballero debió apercibirse, ó sospechar, por lo ménos, mi asombro, y añadió:

—Estoy seguro de que V. no da crédito á sus oídos ó á mis palabras, y piensa que hablo en broma.

—No por cierto; creo que es posible....

—Confíese V. que le admira mi lenguaje; el tono de su respuesta me lo demuestra: los ciegos vemos por los oídos; este arte de la adivinación es una de nuestras ventajas.

—Puesto que V. es tan ingenuo, correspondiendo con igual franqueza, le diré que yo en su lugar no sé si tendría tanta conformidad.

—Esa confesión quería yo oír de sus labios; y en pago de la franqueza con que la formula, voy á intentar convencerle, convertirle, mejor dicho, á mi escuela. ¿Esto excitará su hilaridad?

—No; pero....

—No lo veo, pero lo adivino.

—Veo que no hay medio de ocultar á V. nada.

—¿Nada? Eso es mucho; varias cosas se escapan á mi perspicacia de ciego; pero no me importa; al contrario. ¡En cuántas ocasiones conviene perder, para ganar positivamente!

—No diría V. tal si viese el rostro de esa chica rubia.

—Admito el reto en el terreno en que V. se ha colocado, y voy allá. Es un argumento como otro cualquiera, ó un ejemplo, para V. de gran importancia. ¡La mujer, ah! ¡el ángel de la hermosura! ¡la alegría y el regocijo de los ojos y del espíritu! Conozco tan bien como V. cuantas variaciones se hacen y se dicen sobre este tema; pero tanta belleza, tanta alegría, ¿no cree V. que han causado más daños que bienes á la humanidad?

—Segun y conforme—respondí;—colocándose en cierto punto de vista....

—Lo del punto de vista debiera tomarlo por una burla, si fuese yo tan quisquilloso; pero dejemos aparte lo del punto de vista. La mujer es para el ciego lo que únicamente debiera ser para todo el mundo: el ciego puede suponer hermosas, perfectas, á todas las mujeres, en lo que él se engaña dulcemente á sí propio, y halaga á la mujer con

quien habla. Añádase á esta ventaja la de que el ciego no sacrifica nunca lo útil á lo frívolo: no le entusiasma una nariz recta, si no representa un corazón recto también; no se casa con un buen palmito, sino con una mujer buena; resumiendo: para el ciego, el fondo es el todo; la forma nada significa. Respecto al matrimonio y sus consecuencias, ¿qué puedo decir á V. que no sepa? Si los hombres que ven suelen no escapar sin contingencias graves, ¿para qué quieren la vista? No merecen la pena de tener ojos con vistas á la calle tan inútil empleo.

—No negaré—dije al ciego—que ha defendido usted con mucho talento sus teorías, y admito en este caso concreto la ley de las compensaciones; pero en este caso.

—¿Nada más que en éste?

—Nada más.

—Veamos.

—Tratándose del arte, por ejemplo. —Un buen cuadro, por ejemplo, es una obra digna de verse y admirarse; y yo.... pero, dígame V.: en cada exposición de pinturas, ¿cuántos mamarrachos habrá que ver ántes de tropezar con una obra notable? ¿Cree V. que el placer de ver la última compensa la serie de disgustos que le han producido las anteriores aleluyas? Yo, por mí, sé decir á V. que perdonaría el bollo por no sufrir el coscorron que cuesta.

—Veo que es V. satírico.

—Hablo sinceramente. La arquitectura, arte apreciable también, merece citarse. Cuando oigo las críticas que alcanzan de mis conciudadanos las obras que hoy se construyen, créame V., no me arrepiento de hallarme ciego.

—Pero....

—Con venga V. conmigo en que estoy diciendo la verdad.

—Si; pero....

—En cuanto á la música, no me negará V. que nosotros disfrutamos mucho más de ella que ustedes los que lo ven todo.

—¿Y de la literatura?—pregunté, casi impacientándome.

—La literatura se divide en dos familias, por decirlo así: la de los productores y la de los consumidores; el ciego que aspira á ingresar en la primera de ambas, tiene muchas más probabilidades de conseguir formar entre sus miembros, sin aún gozarlos, como algunos de la familia que tienen vista y no han aprendido á verse á sí mismos todavía. Más claro: que ningún ciego escribiría como los que dicen que ven y lo manifiestan del modo que.... Pero suprimamos nombres propios; ya los conoce de memoria el círculo literario y les hace justicia, á sus espaldas por supuesto.

El ciego—continuó despues de un momento el desconocido—necesita para escribir del auxilio de otra persona, y esta especie de censura á que sujeta su escrito le inspira una muy prudente y útil desconfianza de su obra. Además, su pensamiento en la oscuridad tiene más cómodo espacio y más apropiado medio para formarse y extenderse libremente: las tinieblas perpétuas le ayudan. Si el ciego no ha de ser más que un simple consumidor, refiriéndose á la literatura, el ciego no lee, y como sucede respecto á la pintura, las pérdidas se compensan con las ganancias, ó lee por los ojos y la palabra de otra persona solamente las obras que se han distinguido y merecen estudio.

—Sí, usted arregla las cosas á su capricho....

—No á mi capricho, sino sujetándome á la verdad. Suponga V. una ciudad compuesta de ciegos, y piense si los asuntos marcharían allí de diferente manera que entre los que ven: en semejante ciudad no se viviría de ilusiones, sino de realidades.

—Segun lo que para V. signifique la realidad.

—¿Realidad? Va V. á oírlo inmediatamente. En lugar de ocuparse de inventar y rendir culto á esas modas, en las que se combina lo más absurdo con lo más molesto, lo más ridículo con lo más raro, cada cual vestiría sin consultar más que á su comodidad. En lugar de muñecas de crinolina, tendríamos mujeres, casadas y solteras, que consagrarían respectivamente, y segun su estado, al hogar y á la familia el tiempo que hoy las roba el espejo. Acabarían los cosméticos y la falsa juventud, las pelucas y los polvos de arroz. No habría jóvenes insípidos, ni viejos presumidos y ridículos. Desaparecerían los dorados relieves de los techos, pero las habitaciones ofrecerían mayor comodidad; en una palabra, la verdad reemplazaría en todo á la mentira. Esto es lo que yo entiendo por realidad.

—De mano maestra es el paralelo—objeté;—no puede negarse; pero siempre hay algo que oponer.

—Vamos, ¿no se siente V. con vocación de ciego? Dispénsame V., porque yo no tengo el gusto de conocerle; pero ¿está V. seguro de no ser ciego?

—¡Caramba! Creo que sí.

—¿Quién se atreve á decir otro tanto?

—¿Cómo?

—Uno es ciego para sus vicios, otro para los ajenos. Ciego es el hombre que se arruina por una mujer despreciable.... Y, ya que hemos tocado este punto, ciego es el hombre vano que toma por moneda corriente las lisonjas de este mundo. Ciego el imbécil que busca la fortuna en los azares del juego. Ciego el hombre digno, de levantados y nobles sentimientos, á quien sus amigos saquean, estafan y desacreditan. Ciegos por todas partes; pero ciegos por ciegos, prefiero los que carecen de vista, y ceguera por ceguera, estoy más conforme con la mia que con la de los hombres que ven.

—Perfectamente.

—Por eso decía yo á V. hace un momento que, léjos de ofenderme ó lastimarme con su pregunta, me halagaba.

—Ya lo veo.

—Han dado las once: mi criado me espera; si V. gusta de continuar la conversacion, éstas son las señas de mi casa.

Y diciéndome esto, me entregó una tarjeta, y salió, despues de despedirse, y apoyándose en su bastón.

Permanecí durante diez minutos abismado en profundas reflexiones; pero sin decidirme á sacarme los ojos, á pesar de todo.

Indudablemente, aquel hombre era un verdadero filósofo.

Post scriptum. Hoy he pasado á la casa de mi desconoci-



do; pero no he podido verle: un criado me ha dicho que su amo no podía «ver á nadie».

¡Acababan de hacerle la operacion de batirle una catarata!

E. DE LUSTONÓ.



Paris, 24 Abril.

Existen dos maneras diferentes de seguir las modas: apresurarse á llevar ántes que nadie todo lo que sale de nuevo, como telas raras, abrigos incómodos, sombreros inverosímiles, pero que no se han visto aún en ninguna parte, ó bien aceptar las formas y los colores nuevos, con la condicion de que sienten bien; elegir, discernir las formas que son en realidad graciosas, que favorecen el talle y el rostro, y que están en consonancia con la posición que se ocupa en la sociedad.

Yo opino que la última manera de obrar es la de toda señora de tacto, de buen sentido y de buen gusto, que no se cree en la obligacion, so pena de ser considerada como persona de poco más ó menos, á vestir el uniforme que obtiene la boga de la estacion, ni á comprometer su elegancia y su belleza para hacer como todas las demas.

Digo esto de una manera general y particular á la vez. Así, por ejemplo, vamos á presenciar una verdadera epidemia de encaje *ficelle*, esta especie de guipur cruda, fuerte y grosera, que será adoptada con frenesí, por kilómetros, para adornar los trajes de verano.

Creo haber hablado ya de este encaje, á propósito de sombreros; lo hay, debo confesarlo, fino y de aspecto agradable; pero aconsejo á mis lectoras que no abusen de este adorno, por lo mismo que ha pasado los limites razonables de la moda, para convertirse en furor. Un sombrero guarnecido de encaje *ficelle*, con otros elementos, será indudablemente de buen gusto; pero hay que ponerse en guardia contra la exageracion.

Estará muy bien, entre otros casos, el adornar con el encaje á la moda un vestido de campo ó de baños de mar: tal es, en mi juicio, su verdadero puesto. Pero empieza á hablarse de los «completos»: vestido, sombrilla, sombrero, cargados de *ficelle*.

Por mi parte, prefiero cien veces, salvo los casos que acabo de indicar, la simple guipur de Irlanda, legítima ó imitada, y la guipur de fantasía, morena y del género del punto de Venecia, empleada con discreta moderacion. Los tules morenos, bordados con hilo flojo, son todavía más ligeros y á propósito para trajes de verano.

En la actualidad, el adorno elegante y de buen gusto para señoritas y señoras jóvenes es precisamente el cuello grande de guipur, llamado cuello Van Dyck, cuadrado ó puntiagudo, con puños iguales, puesto á plano por encima de la manga. Este adorno se pone tambien con los trajes de visita muy ajustados.

Volviendo á la misma idea sobre la manera de seguir la moda, diré además, á propósito de sombrillas, que la parisiense la adoptará sencilla en extremo, cruda ó de color oscuro, forrada de claro, del color que mejor siente, y adornada con un ramo de flores no demasiado grande y perdido entre encajes. El puño será de madera labrada artísticamente, ó bien irá adornado de una joya, de una marca ó de un emblema de capricho. La escogerá algunas veces con puño de concha; pero jamás aceptará esas sombrillas recargadas de flores, ni con un puño de cabeza de perro de tamaño natural, ó un látigo arqueado, ó una serpiente enroscada, ni tampoco un pomo de espada: originalidades permitidas un día de carreras de caballos, todo lo más.

Algunas señoras me escriben preguntándome si el encaje español está aún de moda. Hoy puedo contestarlas afirmativamente, aun cuando la reaparicion del encaje de Chantilly, legítimo ó imitado, le ha hecho bajar un poco de su extraordinaria boga en la estacion pasada.

A pesar del abuso de que ha sido objeto el encaje español, se emplea todavía mucho en trajes negros ó de un rojo oscuro: adorna bien, sobre todo cuando es de buena calidad. El Chantilly (imitado) le hace la competencia, pero es más ligero y más endeble. Esto no obstante, se le puede utilizar de mil maneras cuando se tienen en los cajones de la cómoda volantes ó pañuelos del mencionado encaje.

En los encajes blancos, crema y marfil, la variedad más en boga es el llamado *flamenco*, que se dispone en paños anchos y plegados sobre fondo de raso. Se componen asimismo con este encaje faldas cortas muy lindas, que se llevan con corpiños de terciopelo ó con fraques largos de brocado ó de moaré.

En cuanto á sombreros, á pesar de su diversidad infinita, todos se reducen á tres modelos principales: el sombrero de ala ancha y levantada por un lado; la capota pequeña, y la *calesa*, más ó menos grande, con su alero, que rodea la cara ó la deja en la penumbra. Todos los demas modelos no son otra cosa que modificaciones de estos tres tipos. El prime-

ro consiente una carga de plumas y torzales de seda ó terciopelo; el segundo, una masa de flores y encajes, y el tercero reúne todos sus adornos sobre el ala, por debajo y por detras, sobre el borde corto, que deja ver el rodete, al cual se ata muy alto.

En punto á informes generales, diré, para terminar, que el collar de *fantasia*, que se lleva, por lo general, sobre los vestidos altos, es un collar de mallas de oro, del cual pende una cruz, y que alterna con el collar de perro ó de esclava, muy apretado, y puesto unas veces á raíz del cuello, y otras sobre el cuello alto del vestido. El guante largo de cabritilla de color ha pasado enteramente de moda, habiéndole reemplazado, tanto en los trajes de ceremonia como en los trajes de calle, el guante de Suecia, más ó menos largo, de color natural ó gris pálido; es preferible que no lleve botones, y lo más elegante es que entre holgado y forme arrugas en la muñeca.

V. DE CASTELFIDO.

#### EXPLICACION DEL PATRON DEL TRAJE BORDADO

QUE ACOMPAÑA AL PRESENTE NÚMERO.

(Corresponde únicamente á las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> edicion.)

1 á 14. Traje corto bordado.

1. Delantero.—2. Chaleco.—3. Ladito de delante.—4. Espalda.—5. Ladito de la espalda.—6. Mitad del cuello.—7. Esclavina.—8. Solapa de la esclavina.—9 y 10. Manga.—11. Cartera.—12. Vuelta de la aldeta.—13. Guirnalda de la aldeta.—14. Angulo de la túnica.

El género de bordado *aplicado* que adorna este traje se ejecuta con seda ó estambre sobre lana, ó con lana ó algodón sobre tela de hilo, para trajes de verano, siguiendo las indicaciones del dibujo del *bordado lanzado*, que hemos trazado claramente en todas las piezas del patron. Los contornos van señalados con una trencilla fina; el dibujo se llena de puntos lanzados espaciados, de color más claro que la trencilla.

Antes de bordar el chaleco núm. 2, se hace la costura del medio, que reúne los dos lados. La solapa bordada de la esclavina núm. 8, va puesta por el revers del patron número 7, y se dobla sobre la linea. La vuelta ó solapa de la aldeta va añadida en el borde. La guirnalda núm. 13 representa una parte del bordado de la aldeta; se repite, pues, la parte comprendida entre la letra C. El núm. 14 comprende la parte del ángulo inferior de la túnica; desde A á A, la parte del bordado que sube por delante, y desde B á B, la parte de abajo, que debe repetirse al rededor de la túnica. La cartera núm. 11 va un poco cruzada sobre la hoja de encima de la manga y abrochada en la letra S. La aldeta va cortada de 60 centímetros de ancho, 56 centímetros de largo por delante y 50 centímetros por detras; la parte inferior va cortada al hilo, y el borde superior, sesgado. Esta aldeta va plegada en pliegues gruesos y montada sobre una cinta, que se pega bajo el borde del corpiño, J á D. La túnica tiene 90 centímetros de ancho en la parte inferior y 85 centímetros en la superior, por 75 centímetros de alto por delante y 80 centímetros por detras. Como en la aldeta, se sesga la parte superior. La túnica va plegada en pliegues gruesos y montada sobre la falda. Se forma el *pouf* con una tira de un metro 20 centímetros á un metro

40 centímetros por 35 centímetros de ancho, *para la mitad*; va plegado sobre la persona, lo mismo que la banda, que se corta más ó menos alta, á voluntad. El delantal va figurado por delantero de la falda, sobre la cual se abre la túnica. La parte inferior del delantal se guarnece con una tira ancha de raso fruncida.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.684.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> edicion de Julio.)

*Traje de fular azul gris y bordado encarnado.* La falda, que es figurada, va cubierta de una falda tableada, formando bullon á media pierna. El borde de esta falda plegada va adornado de un bordado inglés muy ancho, á la inglesa, ejecutado con seda encarnada. El corpiño es plano, de forma coraza y abrochado en medio. Una banda corta pasa en forma de delantal por delante de la falda, y se reúne, bajo una *quilla* de fruncidos, á una segunda banda, dispuesta en puntas de manton, que se abrocha en la cintura. Las dos bandas se reúnen á la derecha y se anudan entre sí. Un bordado hecho como el de la falda guarnece esta especie de túnica. Cuello vuelto, bordado. Capota de paja mordorada, con ala bullonada y bridas de cinta de raso. Un pájaro magnifico da la vuelta á la copa.

*Traje de cachemir Tripoli.* Falda interior de seda, terminada en tres tableados de cachemir. Por encima va un volante ancho fruncido, guarnecido enteramente de pespuntes y formando una cabeza fruncida. Este volante y su cabeza van aplicados á la izquierda, sobre un entrepaño plegado. El corpiño va guarnecido, por delante, de un peto fruncido, bajo el cual se abrocha. Sobre el borde inferior del corpiño, por delante, se pone un paño grande de cachemir, y se cubre el punto de partida de este paño con un entrepaño fruncido, despues de lo cual se hace dicho paño, formando numerosos pliegues hasta la cadera izquierda, hacia atras, de manera que quede muy estrecho en este punto. Un segundo paño, tambien plegado, va puesto como un *panier* por debajo del primero. Por detras, un *pouf* abultado. Manga inglesa, guarnecida con un jockey ahuecado. Cuellecito en pie. Sombrero *Directorio*, de paja de Italia cosida, y guarnecido de una magnifica pluma sombreada y de dos cocas de terciopelo.

#### PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Generalmente, cuando se recomienda una casa especial de corsés, se trata de excitar en las señoras el deseo de aparecer elegantes y hermosas; pero, á decir verdad, cuando se nos ofrece hablar de la casa P. DE PLUMENT, hay que insistir en otro género de consideraciones. En nuestra opinion, Mr. de Plument es el corsetero «padre de familia», si se nos permite hablar así. Sus corsés poseen la elegancia, la plástica, como los modelos de todas las grandes casas; pero, segun nuestro modo de pensar, se recomiendan, sobre todo, bajo el punto de vista útil y práctico.

Aquellas de nuestras lectoras que pidan el *Boletín-Guía* de la casa P. DE PLUMENT (33, rue Vivienne, Paris), quedarán agradablemente sorprendidas de la variedad de modelos que contiene. Citarémos el corsé para las señoras que estén en una situacion interesante; el corsé-sosten, tan aceptado por las madres de familia, gracias al cual no tienen que temer que sus niñas se deformen, ni preocuparse de los graves inconvenientes que resultan de haber descuidado el talle.

La PERFUMERÍA ESPECIAL Á LA LACTEINA, recomendada por las notabilidades medicas de Paris, ha valido, en la Exposicion Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en Paris, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.

#### DENTIFRICE POWDERS.

P. DE HERBELLA.

BELLEZA É HIGIENE DE LA BOCA.

Perfumerías Inglesa, de Frera, de Pascual, de Villalon, de Royo é Ibo Esparza.—1,50 y 2 pesetas caja.

#### SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NÚM. 14.

La mujer ve más claro que el hombre, pero es para sí misma.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.<sup>ña</sup> Ramona Andradé.—D.<sup>ña</sup> Elodia Arenas Rodríguez.—D.<sup>ña</sup> María Nuñez Muñoz.—D.<sup>ña</sup> Felisa Súnico.—D.<sup>ña</sup> Jesusa Setien.—D.<sup>ña</sup> Virginia Canduelas.—D.<sup>ña</sup> Matilde Guijarro.—D.<sup>ña</sup> Estefanía Murillo.—D.<sup>ña</sup> Arsenia Rodríguez.—D.<sup>ña</sup> Carmen Callejon.—Doña Concha Hernandez.—D.<sup>ña</sup> Luisa del Riego.—D.<sup>ña</sup> Filomena Gutierrez.—D.<sup>ña</sup> Lucla y D.<sup>ña</sup> Gregoria Marquez.—D.<sup>ña</sup> Petra Garcia.—D.<sup>ña</sup> Juliana Rosales.—D.<sup>ña</sup> Rafaela de Castro.—D.<sup>ña</sup> Matilde y D.<sup>ña</sup> Rosalía Solares.—D.<sup>ña</sup> Emilia Carmona.—D.<sup>ña</sup> Francisca Martín.—D.<sup>ña</sup> Carmen Torres.—Ita y Mario. Tambien hemos recibido soluciones de la isla de Cuba al Geroglífico del núm. 7, de las Sras. y Srtas. D.<sup>ña</sup> Amalia Mallen y del Prado.—D.<sup>ña</sup> Bernarda y D.<sup>ña</sup> Dolores Saez y Muñoz.—D.<sup>ña</sup> Herminia Perez.—D.<sup>ña</sup> Trinidad Sánchez.—Doña Felisa Samper.—D.<sup>ña</sup> Antonia Ramos.

## VINAGRE DE TOCADOR DE JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES  
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO



VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorillex y C.<sup>a</sup> (16, rue Suger, Paris).

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa.

Paseo de San Vicente, 20.



Jules David

Paris Aug. & Godeaux & Co. Imp.

Bonnard

1895

Abel Sombard Ed. Paris

Nº 1684

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carretas 12

MADRID

Perfumeria de lujo, Guertain, 15, r. de la Paix, Paris



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA